

Volved pues, amados míos, volved á vuestra antigua piedad, y Dios será con vosotros. Dios os favorecerá por los ruegos de su madre, os librárá de vuestras enfermedades y os llenará de sus soberanas bendiciones. Á lo ménos no dejéis jamas de rezarle á coros con toda vuestra familia. Sea esta una ocupacion indispensable para cada día, como la de confesar y comulgar cada mes, poniendo en arreglo no solo las cosas de vuestra conciencia, sino las de vuestra casa, las de vuestros asuntos y hacienda. La claridad en las cuentas evita muchos sinsabores en la vida, muchas congojas en la muerte y muchos pleitos despues de vuestros días. ¡Ojalá que por reverencia de la Virgen no dejaseis finalizar el año sin hacer vuestro testamento! ¡Qué alegría tan pura experimentaria vuestra alma! qué consuelo vuestro corazon! qué tranquilidad vuestro espíritu! Creédme, amados míos; dejarlo para la última enfermedad, es exponeros á no hacerlo, ó hacerlo mal, y tener despues unos sentimientos eternos sin provecho. Ponéd, vuelvo á decir, en claro los asuntos de vuestra conciencia, los de vuestro oficio y los de vuestra casa, y contád con la proteccion de la sacratísima Virgen. Ella será vuestra madre en la vida, ella lo será en la hora de vuestra muerte, y ella finalmente, alcanzando de su hijo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, la libertad de las penas del purgatorio, si á ellas fueseis destinados, os conducirá á la eterna bienaventuranza, *quam mihi et vobis præstare dignetur Dominus Jesus Christus.*

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD (1).

(DE ALMEIDA.)

Anima mea desideravit te in nocte.

Mi alma te deseó y suspiró por ti en la noche.

Isaias, c. 26. v. 9.

Si el profeta Isaiás hubiese de subir á este lugar en la ocasion presente, me parece que romperia el triste silencio con estas palabras suyas. Yo no hallo otras mas propias, para hablar del grande objeto que os ha traído aquí, y para excitaros á la compasion de la Madre de Dios en su soledad. Basta solo describir lo que pasó en su corazon aquella triste noche, para que se enternezcan los ánimos devotos. Ya os veo bastante compungidos y llorosos por la muerte del Salvador, y ahora que venís á buscar nuevos estímulos de compuncion en la soledad de la Señora, y á renovar las memorias de aquella lamentable noche, razon es que yo favorezca vuestras piadosas intenciones.

No hubo noche tan triste en todos los pasados siglos, ni la habrá jamas en los futuros. Por todas partes se hallaban imágenes fúnebres, por todas partes se habia derramado la tristeza, el espanto y el horror. Su triste silencio deja percibir en las calles de la ciudad los gemidos de las hijas de Jerusalem, que lamentan la muerte del Hijo de Dios: en esas mismas calles, en

(1) En las páginas 472 y 493 del tomo segundo de los sermones de *Cuaresma* se han puesto otros dos sobre este mismo asunto.

el pretorio y en el Calvario veréis aún muy frescos vestigios de la crueldad bárbara, impía é inhumana: todo es sangre, todo es horror y todo luto. Los gentiles están aterrados con los insólitos movimientos de la tierra y las señales espantosas del cielo. Los fariseos, unos están llenos de susto, otros de arrepentimiento y aflicción, y otros, agitados de los remordimientos de conciencia, se hallan entre la angustia y la desesperación. Los discípulos dispersos y fugitivos; los apóstoles escondidos, vacilantes y medrosos; en el cenáculo... (¡ó mi Dios, quién podrá describir lo que allí pasaba!) en el cenáculo, digo, adonde se había retirado la Virgen, despues de entregar al sepulcro su amado Hijo, me parece que á un lado de la Señora estaria el evangelista enmudecido, y al otro las devotas mujeres que habían asistido al pié de la cruz; mas en profundo silencio: hablaban los ojos con las lágrimas y los corazones con gemidos, porque conservaban en la imaginación la muerte de Jesus, y tenían á la vista la afligida madre.

Pues, oyentes míos, ved aquí que estamos en otro nuevo cenáculo: á los ojos tenéis la Virgen afligidísima en su soledad: razón es que unos, como el evangelista, y otros, como las devotas mujeres, la acompañéis en el sentimiento. Pues este es el fin que á estas horas os congrega en este templo, procuraré ayudar á vuestra piedad y avivar en el modo posible vuestra compasión: para esto me valgo de las palabras de Isaías, y todo mi asunto será la inexplicable pena de María santísima en aquella noche: *Anima mea desideravit te in nocte*. De parte del Hijo concurrían las admirables calidades que le hacían sumamente amable; de parte de la Madre concurrían los dotes de la naturaleza y los privilegios de la gracia, y de parte de la triste separación hubo todas las circunstancias que la hicieron en extremo penosa: tres puntos de este discurso.

Vos, Señora, de quien Jeremías dijo, que estáis llena de amargura, y el arcángel que estáis llena de gracia, para que podamos acompañaros en la amargura, repartid con nosotros vuestra gracia. *Ave María*.

PARTE PRIMERA.

Muerto Jesucristo y sepultado, quedó su madre en suma tristeza y soledad: todo parece que de industria concurrió á

que fuese su soledad cruelísima, bien pongamos los ojos en el objeto de su pena, ó en el corazón que la sentía, ó en la pérdida del mismo objeto: todo agrava inefablemente su dolor. ¡Oh qué tiernos, qué sentidos serían los gemidos de aquel afligido corazón! qué viva y penetrante su pena! Con las rodillas en tierra, con las manos cruzadas delante del pecho, con el rostro bañado en lágrimas y el corazón deshecho en suspiros, me parece que la estoy viendo ofrecer al Altísimo la inocente víctima de su corazón con la mayor conformidad; de aquel corazón que, lastimosamente herido, se está desangrando por los ojos. Me parece que la oigo decir como su padre David: *Señor, yo pongo en vuestra presencia esta soledad que siento, y mis gemidos no se os pueden ocultar: mi corazón está atribulado, porque me dejó el que era toda mi fortaleza: ya perdí al que era la luz de mis ojos* (1).

Ah qué expresión! *Luz de sus ojos! luz de sus ojos!* Vosotros, señores, no podéis formar concepto de lo que quieren decir estas palabras. Si llegaseis á ver lo que siempre estaba viendo la Virgen; si vuestros ojos gozasen de la bella y clarísima luz que ella gozaba, cuando miraba á su Hijo, entónces podríais de algun modo rastrear qué dolor sería el de esta afligida madre, cuando perdió *la luz de sus ojos*. Mucho era perder á su Hijo, que era hijo único, un hijo de sus entrañas, que no reconocía padre sobre la tierra con quien repartir el amor; mucho era ser el más hermoso entre los hijos de los hombres, y haber derramado Dios en todas sus palabras una gracia particular, con que atraía los corazones puros, como dice el Profeta: *Speciosus forma præ filiis hominum* (2). ¡Qué robado tenía el corazón de esta Señora con su trato suave y amoroso por el espacio de treinta y tres años! Aquella pasmosa y sincera humildad en todas sus acciones; aquella profunda obediencia con que, siendo un Dios, se rendía; aquella prudencia divina en todas sus obras y palabras; ¡oh qué vivamente estampadas las tendría la afligida madre! Perdonad, oyentes míos, que yo estoy entreteniendo vuestra atención con lo que es ménos: otros motivos tenía la Virgen de sentir su soledad, tan extraordinarios y grandes, que á su vista casi desaparecen los que tengo ponderados.

(1) *Psalm.* 37. v. 10. et 11. (2) *Psalm.* 44. v. 3.

Era Jesucristo *la luz de sus ojos*, porque en aquel tiempo feliz, en que gozaba de su compañía, estaba viendo traslucir por su hermoso rostro los resplandores de su divina gracia, de aquella bellísima luz que bañaba su alma sacrosanta. Entónces estaba viendo brillar dentro del alma la luz del increado divino Verbo, y las inefables luces de todo el lleno de la Divinidad, que, como se explica san Pablo, habitaba en el Salvador corporalmente (1). Ved aquí el amable, el soberano objeto de su soledad. Era el alma del Hijo resplandor de la gloria del Padre, una figura de su sustancia, una viva imágen de su bondad infinita é inefable; era un retrato vivo del Verbo eterno, luz criada de la luz increada, templo glorioso de la santísima Trinidad, y un espejo sin mancha de la hermosura divina (2). En este espejo clarísimo, por un reflejo admirable estaba la Señora viendo sin cesar, admirando y gozando las inefables perfecciones de su Hijo y su Dios; y todo esto le quitaron, cuando perdió *la luz de sus ojos*.

Dice san Pedro que los ángeles del cielo estaban como suspirando con ansia, por ver á lo léjos la hermosura del Hijo de Dios: *In quem desiderant angeli prospicere* (3). ¡Considerad cuánto mas lo desearia la Virgen, habiendo gozado tan de cerca treinta y tres años de esta dichosísima vista! ¡Con qué ansia diria en esta noche: *Anima mea desideravit te in nocte!* El mismo Padre eterno miraba con suma complacencia esta obra perfectísima y primorosísima de las divinas manos en la Encarnacion: sí; mas de una vez llegó á decir: este es mi Hijo amado, en el que me complací sumamente (4). Cuántas veces lo diria la Virgen Madre! Pero ha perdido este Hijo!

¡Qué pasmosas y extrañas circunstancias concurrían en este único objeto de la soledad que sentia la Virgen! Jesucristo era hijo de sus entrañas, y conocia esta Señora todas sus bellas cualidades; era el dulcísimo esposo de su alma, y conocia sus inefables perfecciones; era el Dios de su corazon, y conocia sus divinos atributos. Le amaba como á hijo, le estimaba como á esposo, y le adoraba como á Dios; pero de una vez perdió hijo, esposo y Dios. Qué golpe tan terrible! ¡Es posible, Señor, que con vuestra misma mano deis una herida tan profunda y pene-

(1) *Hebr. c. 1. v. 3.* (2) *Sapient. c. 7. v. 26.* (3) *I. Petr. c. 1. v. 12.*
 (4) *Matth. c. 3. v. 17. et c. 17. v. 5.*

trante en tan inocente corazon! en un corazon que os ama tanto, y en un corazon que así merece vuestro amor! ¡Tratáis con tanto amor, y (permitid que así lo diga) con tanto cariño á vuestros enemigos, que ellos mismos se quedan atónitos y fuera de sí, y en fuerza de la suspension se pasman de vuestra inefable bondad, y al mismo tiempo tratáis con tanto rigor á la madre de vuestro santísimo Hijo! Pero ¿quién soy yo, Señor, para entrar en vuestros consejos? Venero los profundos juicios de vuestra sabiduría, y puesta la boca en tierra confieso que son santos, rectos y justos todos los pasos de vuestra inefable providencia. Veo, admiro y adoro.

PARTE SEGUNDA.

Pedia Dios, oyentes míos, á la Virgen un sacrificio grande y heroico, que le diese mas gloria que los de todos los mártires, de aquellos héroes de la Fe, que por el dilatado espacio de los venideros siglos se habian de ofrecer como agradables víctimas. Por esto dispuso que en el sacrificio de la Señora fuese el golpe mas penetrante, y mas cruel el dolor, para que su mérito y valor fuesen mas grandes. ¡Admirable modo de obrar de la divina Providencia! Ama con infinito amor á su unigénito Hijo, y le dió un cuerpo á propósito para padecer el rigor de los tormentos, como dice el Apóstol: *Corpus autem aptasti mihi* (1). Ama á la santísima Virgen con un amor inexplicable, y le da un corazon delicado, propio para sentir una cruel soledad con la muerte de su Hijo. De suerte que aquel mismo Señor, que formó con especial cuidado, y fijó en el pecho de cada uno de los mortales los corazones: *Qui finxit sigillatim corda eorum* (2), formó con providencia especial el corazon de la Virgen como convenia á las divinas intenciones.

Allí sacó de los tesoros de la naturaleza la compasion y ternura de que la dotó: la ternura era tanta, que mejor que el santo Job podia decir, que desde su infancia habia crecido con la Virgen, y que ya la habia sacado de las entrañas maternas: *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio* (3). Nacia para ser madre de pecadores, nacia como mejor Ester para mitigar la ira del Rey divino. Ved qué ternura y qué piedad le daria

(1) *Hebr. c. 10. v. 5.* (2) *Psalms. 32. v. 15.* (3) *Job. c. 31. v. 18.*

el Señor! ¡Qué sensible sería aquel corazón, qué delicado para dejarse penetrar y herir, aún con los males ajenos! Pasmáos, cielos, y compadecéos, ángeles del Señor, con amor vehemente (1), porque sobre este corazón que Dios hizo de propósito tan tierno y delicado, descargó hoy el brazo del Omnipotente tan pesado golpe. Considerád cuál sería su dolor.

Á los dotes de la naturaleza añadid los de la gracia, y hallaréis nuevos motivos de pena en la soledad de la Virgen. El Señor le dió la honra inefable de ser madre de aquel Dios, que después de haberle puesto en sus brazos ensangrentado y muerto, se lo arrancaron para sepultarle. Le concedió innumerables privilegios, que la elevaron á ser superior á todas las jerarquías de los ángeles; pero estos privilegios se los ha de merecer su Hijo con una muerte cruel y afrentosa: le comunicó un amor sobrenatural intensísimo; un amor que fué la prenda y la joya de los desposorios con el Espíritu santo; un amor, que desde el primer instante de su vida crecía con mas presteza que el voraz incendio de una llama en la materia bien dispuesta; un amor digno de la gratitud de la Señora, del título de madre de Dios y de los méritos de su Hijo, que eran infinitos; pero todo este amor se convirtió en la mas sentida soledad. Ved aquí como los dotes de la gracia agravan inexplicablemente el dolor de María santísima, y que cuanto mas liberal ha sido Dios con ella, tanto su soledad es mas cruel.

¡Qué dulce es el afecto del amor divino, cuando el alma está en posesion de Dios! Pero ¡qué terribles efectos hace en el corazón, cuando el alma siente su ausencia! Á la verdad, oyentes míos, el corazón se conmueve dentro del pecho solo al oír las palabras de la Señora en los Cánticos, cuando se lamenta de que amando excesivamente á su Hijo, no podía gozar de su amable compañía. De noche, dice la Señora, busqué al que únicamente ama mi alma, le busqué, y no le hallé (2): si vuelvo mis ojos al cenáculo, todavía veo vestigios de las prodigiosas finezas que obró mi Hijo por los hombres y por esta esclava suya; pero no veo á mi Hijo: si miro á las calles de Jerusalem, al pretorio y al Calvario, veo la sangre derramada de mi Hijo; pero á él no le veo: si me vuelvo á la cruz, á aquel patíbulo afrentoso, por mas que me sacrifico á una vista tan dolorosa,

(1) *Jerem. c. 2. v. 12.* (2) *Cant. c. 3. v. 1.*

no le veo: si le busco en el sepulcro, una gran piedra me le oculta, y no veo á mi Hijo: le amo con toda mi alma, le busco sintiendo una soledad igual al amor que le tengo; mas no le hallo. Ved, señores, cuál sería su dolor.

Entonces penetraría con su pensamiento hasta los abismos para ver á su Amado, á lo ménos con los ojos de la consideracion. Allí le estaba viendo anunciar á los patriarcas santos las verdades eternas; y ¡con cuánta ansia, con qué ímpetu, con qué vehemencia desearia gozar de su suave compañía! David compara su alma á una ave que se libertó de los lazos en que querian prenderla; y yo, si hubiera de hacer una imagen sensible de una alma que siente la soledad que le hace un objeto que ama, y está viéndole á lo lejos, me valdria de la comparacion de una ave que está presa en el lazo, que hace esfuerzos, bate las alas, va á dar vuelos y en fin no puede tener sosiego; los ojos, los deseos y el corazón todo lo tiene donde está el objeto que apetece. Así se me figura un corazón afligido en las circunstancias que ya dije. Juzgád ahora vosotros el ansia con que la Virgen desearia acompañar á su amado Hijo, al que con los vivos ojos de su fe miraba en compañía de los santos patriarcas. Quisiera yo, diria con Jacob, bajar hasta los infiernos por ver á mi Hijo (1). Mucho lo desearia; mas no se concedió este desahogo á su amarga soledad.

Cuanto mas imposible le era á la Virgen madre acompañar al alma sacrosanta de Jesus, mas crecía su pena. Quería suplir la compañía real del Hijo con la continua memoria; pero esa misma memoria era como la vida y el alma de la soledad que la Señora sentia: terrible circunstancia!

PARTE TERCERA.

El mayor alivio de una alma justa, en cuantas aflicciones puede padecer, es acordarse de Dios, tanto que decia David, que cuando su alma sentia tedio al mismo consuelo, si se acordaba de Dios, quedaba alegre y consolado (2). Lo contrario sucedia en la penosa soledad de la Virgen; cuanto mas se acordaba de Dios, mas huía de su corazón el consuelo, porque estarse acordando, y no viendo, era un incentivo continuo de la

(1) *Genes. c. 37. v. 35.* (2) *Psalm. 76. v. 3. et 4.*